

tro corcovado, cuyos pulmones, en estrecha cárcel mal dispuesta, no podían tener el desahogo natural y la resistencia común.

Al borrajear por estos días la dedicatoria, premio y prólogo de la *Parte segunda* de las comedias, se despidió para siempre de las letras y de las musas; para ellas murió, absorbiéndole todo su tiempo la curia y quitándole todo gusto los achaques.

En vano, muerto el Fénix de los ingenios en 1635, y encargado Fabio Franchi de escribir las *Essequie poetiche, ovvero Lamento delle muse italiane in morte del signor Lope de Vega*, rinde los mayores elogios á RUIZ DE ALARCON, ponderando *La Verdad sospechosa* y *El Exámen de maridos*; y ruega al dios Apolo que le haga buscar por toda la redondez de la tierra, y le mande que no olvide el *Parnaso* por la *América*, ni la *ambrosía* por el *chocolate*. Ya ni por capricho visitaban las musas un solo día el aposento de la calle de las Urosas.

CAPITULO X.

Academia del Retiro.—El Dr. Palencia, médico de la Emperatriz.
—Alarcon enfermo; le sustituye D. Antonio de Castro.—El sabio relator Leon Pinelo y el capitán Reinoso.—Muere el poeta.
—Juicio que mereció á sus contemporáneos.

1637-1639

Fué célebre la academia ó justa literaria del año de 1637, dispuesta en el Buen Retiro para obsequiar al rey D. Felipe IV. Siete jueces, entre ellos el Príncipe de Esquilache, Calatayud, Mendoza y Rioja, componían el tribunal; luchaban en la palestra veinte y ses ingenios, de ellos los dramáticos de segundo orden, á la sazón en moda, como Cáncer, Coello, Rosete Niño, Martínez de Meneses, Montero, etc.; y tres únicamente no alcanzaron el lauro apetecido. Ni en el certámen, ni en la solemne fiesta se descubrió la figura del corcovado, y eso que antiguos amigos ó colaboradores suyos, como Véléz de Guevara, Luis de Benavente y Luis de Belmonte,

animábanle á no faltar del puesto de honor en la gran festividad del Rey poeta. (546)

ALARCON ya se encontraba herido gravemente de la dolencia que dos años despues le vino á hundir en el sepulcro. Faltaba del Consejo muchos dias, obligado á no salir de casa, ni aun á levantarse del lecho; y sin embargo, los señores le tenían toda consideracion, y sustituíanle sin queja los compañeros. Pero lo largo de la enfermedad y el término funesto que le auguraban los físicos, despertó en álguien la codicia de prepararse con tiempo á heredar su destino.

Como en todas las épocas el favoritismo, las dádivas y otras influencias de peor especie han dispuesto á su antojo de los cargos públicos, lastimando el interes del Estado y los fueros de la justicia, el Dr. Palencia, médico de cámara de la emperatriz María, hermana del Rey, y hombre de su negocio, que no desperdiciaba ripio, echó sus cuentas sobre la dolencia del corcovado, y solicitó y alcanzó de S. M. el *inter* de una relatoria del Consejo de Indias para el afortunado mortal que, con este aliciente, se presentara á demandar y mereciese la blanca mano de su hija. Obtuvo, pues, la sucesion futura de un empleo facultativo, para la incógnita persona de su yerno futuro; esperando que con el anzuelo de aquella futura colocacion oficial, convertiria

muy luego la de la talludita niña en tiempo presente. Así, con efecto, sucedió; logrando la preferencia del padre y el sí de los labios de la doncella, un D. Antonio de Castro. (547)

El cual desde luego entró en el disfrute de la plaza supernumeraria, «supliendo al licenciado ALARCON por enfermó en diferentes ocasiones, y sustituyéndole, por último, sin intermision los siete primeros meses deste año de 1639.» Hizolo así constar, valiéndole que desde el primer dia de Enero hasta fin de Diciembre de dicho año, se le abonasen doscientos ducados para casa de aposento; y que más tarde se proveyera en él la propiedad del destino. Complicaciones de antigüedad ó de otra índole, que nada nos importan, dilataron la expedion del título de propiedad hasta 11 de Abril de 1642. (548)

Tristes Navidades fueron las de 1638 para el dramático, postrado en la cama, soñando vanamente con la esperanza de volver á su empleo, sin poderse ocupar en trabajo ninguno, y sin una familia propia y amorosa que le templase los dolores con el regalado bálsamo de filiales ó fraternales caricias. Algun compañero de la curia como D. Antonio de Leon, algun amigo leal, como el capitan Reinoso, le dulcificaron las interminables horas de tan molesto y dilatado padecimiento; y hoy podriamos compartir con el

enfermo poeta la gratitud de su corazón, á no haber sido completamente inútiles cuantas diligencias hizo el Sr. Hartzenbusch, y ha hecho después el autor de este libro, para dar con el testamento del indiano.

Otorgóle á 1.º de Agosto de 1639 ante Lucas del Pozo, escribano de actuaciones, y luego Real, que hasta el año de 1643 no tuvo archivo propio. Al tiempo de morir ALARCON protocolaba sus escrituras en los registros de Bartolomé y Luis Gallo; cuyos papeles se dividieron, yendo á parar unos á la escribanía de provincia que hoy tiene á su cargo D. Gerónimo Montesinos, y los otros á la de número que D. Atanasio Ramos desempeña, y habia sido de Franco. Una vez y otra han manifestado, tanto el Sr. Montesinos como el Sr. Ramos, que no obra en sus archivos el testamento de nuestro insigne poeta. (549)

El capitán Reinoso vivía en la inmediata calle de la Magdalena, en disposición de acudir pronto á cualquier novedad durante las breves horas que no le era posible encontrarse al lado del enfermo. Y D. Antonio Rodríguez de Leon Pinelo dedicaba las siestas á su amigo y camarada en el consejo de Indias, por traerle ocupado lo demás del tiempo y las primeras horas de la noche los negocios de la relatoría y no pocos arduos que su fogoso amor á las letras le buscaba; pero en

la instructiva conversacion de D. JUAN sobre curiosidades mexicanas, se solia cobrar el precio de la obra misericordiosa. Efectivamente, supo este hombre benemérito aprovecharse del rico archivo del Consejo, que tenia á la mano, del de Simancas juntamente, y de la amistad de americanos instruidos, para llegar á conocer como nadie la geografía, la náutica, la historia, la administracion, la legislacion y la jurisprudencia del Nuevo Mundo. Nacido en Valladolid (según dice él mismo en su *Historia*, inédita, de la villa del Manzanares, al contar la apretura de posadas que allí hubo y presenció, en la traslacion de la corte, año de 1601), pasó á las Indias; y el de 1618 daba á la estampa en Lima obras que testifican ya sus dotes de historiador y poeta. Casi á treinta, y de importancia todas ellas, suben las que sabemos compuso, y le valieron la estimacion de sus contemporáneos y la gratitud de la posteridad. Muchos años sirvió la relatoría del Consejo; alcanzando, en premio de sus servicios y mérito grande, ascender á oidor de la casa de la Contratacion en Sevilla, donde uno de sus antepasados, el genoves Francisco Pinelo, mereció que, al tiempo de fundarla en 1503 los Señores Reyes Católicos, le fiaran el importante cargo de factor. Restituyóse á Madrid nuestro D. Antonio con el de coronista de

S. M. en el Real Consejo de las Indias, ocupando el lugar del maestro Gil González Dávila, que falleció á 25 de Abril de 1658. (550)

Al sabio relator y al afectuoso capitán nombró, pues, ALARCON por albaceas para cumplir su testamento; dejando quinientas misas de alma, cincuenta reales para los pobres de su parroquia (que era la de San Sebastian), y cuatro ducados á la fábrica de la iglesia. Y recibidos los Santos Sacramentos, con edificación de cuantas personas le rodeaban, por la ardentísima y salvadora fe que resplandecía en el semblante del moribundo, espiró tres dias despues, juéves 4 de Agosto de 1639. (551)

En una nómina de salarios á los señores consejeros, por los tercios segundo y postrero del año de 1638 que cumplieron en fin de Diciembre, y á cuenta de la casa de aposento del año de 1639, aparece que se satisfizo en Agosto de este último, «á los herederos y testamentarios del licenciado D. JUAN RUIZ DE ALARCON, ochenta mil maravedís.» (552)

Poco más de un año ántes de esto, y cumplidos apénas los treinta y seis años de edad, habia muerto, á 25 de Junio de 1638, el caro discípulo de Lope de Vega, el famoso Dr. Juan Perez de Montalban. Todavía resonaba en los oidos el eco de sus magnificas exequias; todavia

se comentaba el intencionado sermón de honras que pronunció Fr. Diego Niseno, monje basilio, ardiendo en ira contra los pocos émulos y adversarios que mortificaron al galano autor de *El Segundo Séneca de España*; y todavia era objeto de admiracion y aplauso, que en ambos patios ó teatros de esta gran corte, á una misma hora, por dos autores ó empresarios, y durante muchos dias, se hubiese estado representando la comedia suya de *No hay vida como la honra*, para satisfacer la viva curiosidad pública: triunfo que igual no le alcanzaron el gran maestro ni otro alguno, entre tanto afámado poeta. (553)

¿Cómo ahora reparar en ALARCON, habiendo ya muerto para la escena quince años hácia, desde que dejó de abastecer con excelentes poemas los teatros? ¿Qué importaba la muerte del Relator, sino á quien estaba acechando para arrebatár su empleo? De otra cosa no se curó el vulgo de los escritores durante aquel mes de Agosto, sino de impacientarse porque no acababa de tirar la Imprenta del Reino los últimos pliegos de las *Lágrimas panegíricas á la temprana muerte del gran poeta y teólogo insigne, Dr. Juan Perez de Montalban, clérigo presbítero y notario de la Santa Inquisición, natural de la imperial villa de Madrid; lloradas y vertidas por los más ilustres ingenios de Es-*

pañá. El cronista Pellicer solo se devanaba los sesos por desentrañar la *Idea de la comedia de Castilla, deducida de las obras cómicas del doctor*. Y no queriendo ser ménos aquel estudianton salamanqueso, de quien ya tienen larga noticia nuestros lectores, D. Gutierre, Marqués de Careaga, borroneaba largo papel, tomando por asunto *La poesía defendida y definida, Montalban alabado*, para mencionar uno por uno sus propios abuelos y tios, señores de la casa solariega de Careaga, en Bilbao, soltar al descuido que tenia cincuenta y un años de edad (perdóneme si malicio que se quitó algunos), decir que fué tio suyo el célebre comentar de las Partidas Gregorio López, y revolver lo temporal y lo eterno. Sin embargo, quien logre hacerse del hilo de Ariadna, para entrar por este laberintico papel, hallará noticias muy interesantes y curiosas de historia literaria en aquel tiempo. (554)

Ciento setenta y seis poetas lloraron la muerte de Montalban, contándose entre ellos diez y siete inspiradas señoras. Ciento cincuenta y tres vates, incluidas trece poetisas, habian cantado cuatro años ántes la fama póstuma de Lope. Más séquito que el maestro alcanzó el discípulo; más interes (si por números se puede saber la verdad), el ingenio de segundo órden, que el Fénix de

los ingenios; el séquito que tienen siempre los años juveniles, ricos de esperanza; el interes que en todos inspira quien baja mozo al sepulcro.

Para ALARCON no hubo una corona poética, ni una sola flor, ni de pasada un solo recuerdo en el más ajeno libro. Unicamente, cinco dias despues, á 9 de Agosto, el cronista Pellicer, rebuscando noticias volanderas de la corte para sus *Avisos*, vino á tomar la siguiente nota: «Murió D. JUAN DE ALARCON, poeta famoso, así por sus comedias como por sus corcovas, y relator del Consejo de Indias.» No tuvo el inspirado autor de *La Verdad sospechosa*, como Lope, un Mecénas igual en lo entusiasta y bizarro á D. Luis Fernández de Córdoba Cardona y Aragon, Duque de Sessa y Almirante de Nápoles;

Sint Maecenates, non deerunt, Flacce, Marones:

Mecénas haya, y sobrarán Marones,

dijo nuestro Marcial. Para Montalban hubo un padre, librero del Monarca (bien acomodado y mejor relacionado), que buscaba consuelo á su acerba pena, levantando monumento de harta disculpable vanidad á la memoria del docto y aplaudido hijo suyo, en quien cifró todas sus delicias.

Con todo, ni por la *Fama póstuma*, ni por las *Lágrimas panegíricas*, ni por el silencio,

es, ni más grande, ni más pequeña la gloria de Lope, Montalban y ALARCON. El monumento importaba mucho á los erectores, poco á los que ya le tenían imperecedero en sus obras. Al erguido cipres que se alza junto á la sepultura del grande ó del afortunado ingenio, acójense en tropel los pajarillos, para que así, de alto, puedan deleitar sus gorjeos á todo el valle; sobre la movida tierra que cubre el cuerpo del olvidado vate, ninguno fuera oído. Muchos poetas, con el afán de trasmitir á las gentes y á los venideros siglos el débil eco de su nombre, próximo á extinguirse para siempre, le inscribieron en aquellas memorias funerales, como el presumido viajero que graba el suyo en el zócalo de la estatua de Memnon ó en los miradores de la granadina Alhambra.

Por otra parte, en el ruidoso triunfo de Montalban no se ha de ver tanto el homenaje rendido al hombre de mérito, como una manifestacion política del partido conservador de lo existente; es decir, de los hombres del Conde-Duque de Olivares, contra el que tenia por caudillo á Quevedo, enemigo del Doctbr, y que no podia mirar con indiferencia á España correr presurosa hácia su ruina y total acabamiento. Tres meses despues de publicadas las *Lágrimas panegíricas*, sorprendian los ministros del Rey en el

silencio de la noche á Quevedo, le llevaban sin decirle adónde, y le encerraban en los húmedos y glaciales subterráneos de San Márcos en Leon, donde contrajo la enfermedad que le hundió en el sepulcro. (555)

Para la corona poética destinada al hijo del librero Alonso Pérez, dieron versos Andres de Alarcon y doña Angela de Mendoza, apellidos ambos tan parientes de los del sabio mexicano; doña Antonia Jacinta de Barreda y doña Antonia Aurelia de Medrano, por cuyas venas corria la sangre de antiguos amigos de D. JUAN; el novelista Camerino y el vividor Marqués de Careaga, que le apremiaron tanto para que en décimas les celebrara sus obras; Tirso y Belmonte, que con él se complacieron en escribir de consuno; y Luis Vélez, Calderon y Rojas, que tantas veces le disputaron paladinamente el aplauso y alabanza. Los nuevos y favorecidos galanes de Talia, como Cáncer, Coello, Matos Fragoso, Rosete Niño, y Agustin Moreto y Cavana, jovencito de veinte y un años, hablaban ya otra lengua de la del siglo de Cervántes, y discurrían de muy diverso modo. Así es, que si tropezaron alguna rara vez en la calle con RUIZ DE ALARCON, miráronle con la indiferencia que un objeto arqueológico griego ó romano, quien no quiere tomarse la molestia de averiguar su importancia.